



NAUFRAGIO NOTABLE.

Hé aquí los detalles de uno de los naufragios mas notables que constan en los anales marítimos. La siguiente relacion está hecha por un testigo ocular:

(51 de Agosto de 1855 á las tres de la tarde.)

El mar sigue enfurecido: todo anuncia una noche terrible; las barcas pescadoras han entrado en el puerto, salvo una, el núm. 71, que se la cree perdida. Se esparce el rumor de que el paquebot de Londres que se separó de nosotros ayer por la noche, se ha perdido igualmente. No puedo creer esta noticia, que quizá es prematura, pero todo es de temer: conozco desgraciadamente á dos de los pasajeros, entre otros una jóven, y tiemblo por su vida: si el paquebote *The queen of Netherland* ha podido entrar de arribada en Ramsgate se ha salvado. Salgo al momento para trasladarme á la playa; hay señal de un buque en peligro: es de tres palos y de gran porte, y no tiene pabellon. Con el antejo es fácil ver que trata de irse á alta mar; el viento le impele hácia la costa: si bara se pierde irremisiblemente.

(Cuatro y media de la tarde.)

El suceso previsto ha tenido lugar: acaba de barar el buque casi en frente del establecimiento de los baños; el mar está mas aterrador que nunca; hay mucha resaca. Con el antejo es fácil distinguir la tripulacion: los marineros se precipitan por todos lados á la playa; se arrastra á brazo un cañon; espérase al menos salvar la tripulacion y pasajeros; en cuanto al buque, es preciso no pensar ya en él: el mar en su flujo debe hacerle pedazos.

(Seis de la tarde.)

La lancha se ha botado al mar: no puede aproximarse. Un patron de una barca pescadora llamado Henin (no olvideis este nombre) dice que va á arrojarle al mar. Se despoja de sus vestidos, y toma con una mano una cuerda: nadie se atreve á seguirle. Vésele luchar contra las olas: lo que asombra es la inmovilidad de la tripulacion, que no hace seña alguna. Se ha preguntado el motivo de ello: ¿los desgra-

ciados no tienen ya valor para hacerlo? ¿confia el capitán en salvar el buque?... Me traslado á la playa.

(Once de la noche.)

¡Qué horroroso espectáculo! no lo olvidaré en mi vida. Treinta cadáveres amontonados confusamente en la sentina del buque propiedad de la *Sociedad Humana*. Todo ha perecido: ciento ocho mujeres, doce niños, trece marineros de la tripulacion.

Tres desgraciados están fuera de peligro. ¡Qué noche tan espantosa! Quiero daros, sin embargo, algunos pormenores.

Hácia las siete de la tarde se vé al valiente Henin llegar al buque. Vése á un marinero arrojarle una cuerda, despues retirarla; el mismo Henin, á punto de perecer, se vió obligado á soltar la cuerda y volverse á la playa. Quiere arrojarle de nuevo al mar; pero sus fuerzas están agotadas.... Es preciso renunciar á toda esperanza de salvar á estos desgraciados; el dia declina, empieza á subir la marea, el silbido del viento y de las olas no permite oír los gritos de estos desgraciados. ¿Cómo describiros la ansiedad de la muchedumbre que cubre la playa descubierta por el flujo? Un número considerable de marineros atrevidos se han arrojado al mar para procurar recoger los naufragos. La oscuridad se hace mas densa; el viento muge con mas violencia que nunca; las olas se suceden impetuosas y rápidas; apenas se distingue el buque. El mar, con sus olas enfurecidas, obliga á los mas intrépidos á retroceder. De repente un palo es arrojado á los pies de los espectadores; despues pipas, restos del buque, y últimamente cadáveres.

Corren por todas partes con faroles; se precipitan en el acantilado; á cada momento se amontonan mugeres, niños, hombres.... ¡todos muertos!... Un marinero corre hácia una roca; cree ver algun objeto que se mueve en la sombra: es un desgraciado de la tripulacion: lo coge, le lleva al hospital de la *Sociedad Humana*; en otra roca se recogen otros dos; el uno es hallado sin conocimiento, agarrado en medio de su espasmo á una tabla que la ola ha impelido hácia la costa; el otro es recogido en la arena de la playa, casi insensible: se les

16 DE MARZO DE 1851.

trasporta á la fonda de la marina, donde los cuidados mas tiernos les son prodigados por el dueño de la fonda, y sobre todo por una inglesa, Mme. Austin, cuyo celo y valor fueron admirables. Otra joven inglesa, Mme. Carles, hija de Mr. Awet, cuyo abuelo fundó la *Sociedad Humana*, y que se halla hospedada en la fonda, se apodera de una joven que habian llevado desnuda y depositado en la mesa del comedor; á fuerza de fricciones se llama un tanto el calor, pero ¡ay! ninguna esperanza: la desgraciada abrió los ojos, y despues de exhalar el último suspiro, se la llevan, y Mme. Carles voló á prodigar sus cuidados á los demas. La desgraciada estaba dotada de una belleza notable.

En este momento los marineros de la decana y de la sociedad prueban una actividad que es imposible describir. A medida que se traen los cuerpos, los cirujanos se apoderan de ellos, se les envuelve en mantas, se les sangra. Una muger hace un ligero movimiento; sale de su brazo una sangre negra; levanta sus párpados; renace la esperanza; pero muere! A medida que se hacia aquella terrible inspeccion, se depositaban los cadáveres en un extremo de la sala.

Los dos naufragos á los cuales Mme. Austin prodigó sus cuidados, se han salvado, han recobrado sus sentidos: sabemos por ellos que el buque que ha naufragado es inglés, que se llama *el Anfitrite*, que es buque de transporte para los condenados á la deportacion; tenia á su bordo ciento ocho mugeres, doce niños, diez y seis hombres de tripulacion: los marineros que se han salvado son: Juan Richard, Rice, Juan Owen y Jaime Tovesey. Owen, que era el contramaestre, es un hombre que se halla en la fuerza de su edad; Rice y Tovesey son dos jóvenes.

1.º de setiembre, á las nueve de la mañana.

Hallábase á las seis en la decana. Durante la noche se habian recogido cuarenta y tres cadáveres del sexo femenino. He visto, por mis propios ojos, coger en el puerto una muger que estrechaba entre sus brazos un niño de dos años. Casi todos los cuerpos estan despojados de sus vestidos. La playa está cubierta de destrozos: el casco del buque está en cierto modo pulverizado, espresion que no creo demasiado fuerte. Nuestros desgraciados naufragos siguen perfectamente. A consecuencia de un capricho del destino, la camarera de Mme. Curtis acaba de reconocer en Owen á su vecino y amigo de la infancia. Hemos aprovechado un momento de reposo para interrogar á Owen y á Rice, y hemos recibido las deposiciones que abajo mencionamos.

He recibido igualmente la del valiente Henin; son dos documentos importantes para la historia de este espantoso suceso.

Hemos abierto una suscripcion para los naufragos, y para recompensar á los valientes marineros que han espuesto su vida. En cuanto á Henin, el gobierno está dispuesto á recompensar su intrepidez, pues no es esta la primera vez que se honra con tales proezas.

Once de la mañana.

Se acaban de trasportar los naufragos y cadáveres recogidos; se han mandado cien atahudes, y mañana cubrirá la tierra sus despojos. Es de creer que el mar durante el flujo arroje otros cuerpos.

Deposicion de Henin (Francisco), patron de la barca pescadora, del puerto de Bofoña.

Henin declara que, hácia las seis menos cuarto, dijo el capitán del puerto que queria irse á bordo del buque barado, y que los marineros no habian de hacer sino seguirle; que en cuanto á él, estaba decidido á hacerlo solo; que corrió por la playa con una cuerda, se despojó de sus vestidos, y se arrojó al mar. Cree haber nadado por espacio de una hora, y haberse aproximado al buque á las siete. Llamó con la bocina al buque y gritó en inglés: Arrojadme una cuerda para conduciros á tierra, ó sois perdidos; porque se aproxima el flujo. La tripulacion le oyó; hallábase entonces á estribor del buque, que hasta tocó; vió un marinero, y le gritó digese al capitán arrojará cuerdas. Los marineros le arrojaron dos de ellas, una de la proa, otra de la popa; pudo únicamente asirse de la de la proa. Dirigióse entonces hácia la playa; pero la cuerda que llevaba era corta y le faltó. Volvió al buque, se ató á él, y gritó la tripulacion le subiera á bordo; pero entonces sus fuerzas le abandonaron, se sintió agotado, y con suma dificultad pudo llegar á la playa.

Deposicion de Juan Owen, naufrago del Anfitrite.

Juan Owen declara haber nacido en Craffort, en el condado de Kent (Inglaterra), y ser el contramaestre á bordo del *Anfitrite*, buque de transporte, su capitán Hunter, Mr. Forster, cirujano, con cargo, para Sidney-New-Sout-Wales, teniendo á bordo ciento ocho mugeres y doce niños condenados á la deportacion, y diez y seis hombres de tripulacion.

El *Anfitrite* zarpó de Wolvoich el domingo 26 de agosto; la tormenta empezó en la noche del 29 cuando el buque daba vista á Dun-

geness; calcula que estaba á tres millas al este del puerto de Bofoña. El capitán hizo sus esfuerzos para alejarse de tierra, pero fué en vano. Sobre las cuatro de la tarde del sábado, el buque fué arrastrado por la violencia del viento hácia el puerto, y tomó tierra. El capitán mandó anclar, con la esperanza de que durante la marea podria el buque flotar de nuevo. Hácia las cinco una barca francesa fué á socorrerle; Owen y Rice, ni ninguno de la tripulacion tuvieron noticia de ello. Se ocupaban en este momento en trabajar bajo el puente y arreglar sus lios, esperando poder desembarcar. Cree que entonces hubiese sido posible salvar á todos. Antes de la llegada de la barca, vió Owen á un hombre, desde la costa, y con su sombrero hacia señal para que desembarcasen. Vió despues llegar á nado á un hombre por la popa, que le gritó en inglés le arrojase una cuerda, lo que el declarante iba á hacer cuando se lo impidió el capitán.

Despues de la partida de la barca el cirujano preguntó por Owen, y le dijo botara al mar la lancha grande, y esto, á consecuencia de una contienda con su muger, que queria desembarcar en aquella, impidió á todos los condenados lo verificasen. El doctor varió de opinion y manifestó que ninguna lancha iria á tierra, lo que impidió desembarcar á los condenados que se hallaban sobre el puente, bajaron para arreglar sus lios, y pidieron á grandes gritos la lancha; tres mugeros digieron á Owen que habian oído al cirujano decir al capitán no aceptara el auxilio de la barca francesa.

A las siete empezó la marea; y la tripulacion, viendo que no habia esperanza de salvacion, subió á la verga, permaneciendo las mugeres en el puente del buque. Owen cree que las mugeres permanecieran en esta situacion mas de hora y media. De repente se abrió el buque, y todas las mugeres, excepto una, fueron arrebatadas por las olas. Owen, el capitán, cuatro marineros y una muger se hallaban en las vergas. Owen juzga que permaneció en esta posicion cerca de tres cuartos de hora. Viendo que los palos, vergas y velas estaban á punto de ceder á la violencia del viento y del mar, dijo á sus compañeros que era inútil permanecer mas tiempo; que iban á perecer, y que era preciso procuraran nadar hasta llegar á tierra. Se lanzó entonces al mar, y cree haber nadado una hora antes de llegar á la playa, donde fue cogido por un francés, y conducido, sin conocimiento, á la fonda de la marina. Owen añade que estaba completamente convencido del peligro que corria el buque desde el momento del encalle, y que preguntó á sus compañeros si no pensaban como él que hubieran podido salvarse entonces. Respondieron que si; pero que no habian querido aparecer asustados.

Deposicion de Juan Rice.

Declaró haber nacido en Londres, etc. Confirmó la deposicion de Owen, y añade que hizo notar al capitán la persona que, desde la playa, le hacia señal que desembarcase: el capitán le volvió la espalda.

Preguntado con este motivo, dijo: que el capitán no estaba achispado, y que era co-propietario del buque. Owen y Rice dicen que todas las mugeres estaban encerradas, pero que antes del peligro forzaron las puertas y se precipitaron en el puente. Habia ya seis pies de agua en la sentina.

Se sabe que el valiente Henin, que ha representado un papel tan brillante en este desastroso naufragio, ha recibido muestras de interés de los dos gobiernos inglés y francés. Entre otras recompensas, el ministro de marina le condecoró con la legion de honor.

DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO. (FLORALBO CORINTIO).

ARTICULO I.

«Tenia una habilidad especial para la poesia latina: es quizá de todos nuestros poetas el que ha compuesto versos en una y otra lengua con mejor éxito.» Esto dice D. Manuel José Quintana.

«Sanchez Barbero, sin estar tan contagiado del moderno gongorismo como Cienfuegos, fué su segunda parte en cuanto á las estravagancias que uno y otro equivocaban con los raptos verdaderamente líricos.» Esto D. José Gomez Hermosilla.

Juicios tan opuestos no pueden menos de llamar la atencion sobre el poeta que los ocasiona. Su vida, azotada por la adversidad, merece tambien que se la recuerde.

Fueron sus padres unos honrados labradores de Moriñigo, pueblecillo de corto vecindario á dos leguas de Salamanca. A los nueve años entró en el seminario conciliar de esta ciudad, donde contrajo amistad íntima con otro joven, despues eclesiástico tan digno como sabio modesto, á quien se debe la conservacion de las poesias latinas y castellanas que Floralbo compuso durante los tristes ócios de Meli-

lla. En el aislamiento del colegio se dedicó con ahínco á los estudios literarios, puestos en voga y perfeccionados por Cadalso, Meléndez y tantos otros que en pos de ellos formaron y acreditaron justamente la escuela salmantina. Sanchez Barbero salió á estudiar jurisprudencia, marchando despues á Madrid, donde ejerció con aplauso la abogacia, sin olvidar nunca sus tareas favoritas. Entonces se relacionó con Moratin, á quien es probable leyese la tragedia de *Coriolano* que menciona en los «Orígenes del teatro español», y que no sabemos haya sido impresa. La brillante composicion «En la muerte de la duquesa de Alva»; el melodrama sacro *Saul*, cuyos versos rebosan de estro lirico; los «Principios de Retórica y Poética», en que á breves y claras reglas se une el ejemplo del estilo, y que han servido mas á la juventud que el pomposo farrago de otros preceptistas; y las tres «Odas al combate de Trafalgar», corrieron por el público impresas, y levantaron la fama del vate, muy apreciado ya en el círculo de literatos que de cerca le conocian.

Por este tiempo ocurrió la invasion de los franceses. Sanchez Barbero, patriota de corazon y de indomable carácter, lejos de imitar á los que siguieron el bando del que iba venciendo, lanzó algunos versos contra los invasores y su emperador. Por esto le llevaron á la cárcel en 1809, y confinaron á Francia, conduciéndole entre bayonetas. En Pamplona permaneció veinte y cuatro dias encerrado en la ciudadela; se le permitió por fin bajar al pueblo, pero llevando previamente la amenaza (que le intimó el general Dagault) de ser fusilado si intentaba escaparse. A pesar de ella logró evadirse, y al cabo de medio año de peligros llegó á Cádiz pocos dias antes de instalarse las Cortes. En medio de todos estos conflictos, sufrió la pérdida irreparable de siete tragedias, una comedia, el poema de las cuatro edades del hombre comparadas con las estaciones del año, varias poesias liricas y algunos escritos prosáicos (1). En Cádiz no permaneció ocioso: se dedicó tambien á sus estudios predilectos, y redactó *El Conciso*, periódico célebre que fué luego uno de los *delitos* que le imputaron. Concluyóse por último la guerra, y Sanchez regresó á Madrid lleno de júbilo y esperanzas (pronto desmentidas), ocupándose en el desempeño de sus plazas de oficial de la biblioteca de S. Isidro y en censor de teatros, y en la publicacion de *El Ciudadano*. ¿A qué hemos de referir la sabida historia de los sucesos que siguieron á la vuelta del rey deseado?.... Basta á nuestro propósito recordar que algunos traficantes de juramentos batieron palmas, mientras otros (la posteridad los califica de *mejores*) fueron á recibir en las cárceles el premio de su saber y sus trabajos. Entre estos se contó Sanchez Barbero. Las cárceles no bastaban para las victimas, y tambien las acogieron en sus recintos el cuartel de San Nicolás, el de Guardias, los conventos de San Martin, San Juan de Dios y San Cayetano. Sangre chorreaban las hojas del *Procurador y del Atalaya*; sangre pedian tambien algunas voces desde la cátedra del Redentor, y por un refinamiento de odio, cuidaron de ahuyentar los consuelos de la amistad propagando la noticia de que disfrazados espías se deslizaban entre los infelices presos. Escusada es la pintura de tamañas vejaciones. ¿No las hemos visto semejantes despues de 1813?.... El estudio fué allí, como en todas partes, fiel compañero de Sanchez; y mientras que la venganza y la ingratitud cuajaban la tormenta que iba á estallar sobre su cabeza, mientras tenia que comparecer ante una comision especial de jueces enemigos, y responder á las capciosas preguntas en que le hacian cargo de su puro españolismo, y acusaban por el crimen... del pensamiento, él, con tranquilo ánimo, componia su aun no bien apreciada gramática latina, traducía una ópera de Metastasio, y daba lecciones á un jóven. La gramática, concebida bajo un plan filosófico, con perfecto conocimiento del genio de la lengua, y despejada del monton de reglas que abrumaban y fastidian á los principiantes, ha tropezado con la resistencia de los talentos rutinarios. Hé aquí lo que acerca de ella escribió su autor en el diálogo titulado *Los Gramáticos*:

En los horrores de la negra cárcel
de crímenes abismo,
cuando con el temor, con el quebranto
el varonil espíritu zozobra,
en aquella guarida del espanto,
y solo al pro de la niñez atento,
ésta tan útil obra
pudo sereno trabajar.....
..... La matritense
sociedad económica la aprueba.
A su consocio misero aplaudiendo

(1) Sed Gallus predator adest: me carcere torquet
et precul a patria moestus et exul eo.
Carmine rapta tulit: subito periit labores
quois multo incubuit nox vigilique dies.
(Ep. ad D. M. M.)

á la suprema autoridad la lleva,
que la enseñe á los jóvenes pidiendo;
pero la negra suerte
su afán tan lejos de premiar estuvo,
que sin darle lugar á que cerrara
su pobre maletilla,
moviendo un huracan con sopro fuerte,
arrojóle al presidio de Melilla.

«Mi gramatiquilla, decia en 1807 á un amigo, se está en el ministerio de Estado, y tal vez *in aeternum clauduntur lumina noctem*. La considero ahogada y reventada por los innumerables legajos que habrán caído sobre su alma. ¡Pobrecilla! engendrada en la cárcel sigue la suerte de su padre.» En efecto, no salió á luz hasta 1829 (y eso por los cuidados de un particular), llevando al frente dos epístolas latinas, y el favorable dictámen de la sociedad económica.

Llegó por último la terminacion de la causa, y usando el rey de piedad, condenó á nuestro poeta á diez años de presidio con retencion en Melilla. Sus papeles fueron quemados públicamente por mano del verdugo en la plazuela de la Cebada al pie de la horca. Al amanecer el 18 de diciembre de 1813 salieron de la cárcel, y fondearon al cabo juntos en Melilla, Argüelles y Alvarez Guerra, destinados á Ceuta; Garcia Herreros y Zorraquin á Alhucemas; Martinez de la Rosa al peñon de la Gomera; y Calatrava, Ramajo, y Sanchez Barbero, que quedaron en Melilla.

Entonces empezó una nueva serie de sufrimientos que terminaron la vida del ilustre deportado, sin haber conseguido que un solo momento flaquease su constancia. Nadie puede describirlos mejor que él mismo. «Esta situacion, decia, es mucho mas lamentable que la del «escita Jeremias, porque al cabo comia carne y *frusta meri*. Aquí este «género es contrabando..... Comemos muy mal: he gastado cuanto los «amigos me han dado, y no alcanza. He tenido que dejar el vino: ya «no me desayuno; y dentro de poco, si continúa tan fea situacion, trataré de averiguar si puede el hombre *camaleonizarse*. Este mal ha «engendrado otro no menos atroz, á saber, la desnudez. Así es que ando á sombra de noche como el ladrón. Y no se crea que pondero; antes bien á ley de presidiario protesto que me quedo muy zagüero.» Esta es la descripcion prosaica y positiva de sus padecimientos: la poética se lee en los hermosos versos latinos de la epístola á su íntimo amigo D. P. P., de cuya belleza apenas puede formarse juicio por la siguiente descolorida traduccion «..... No es fácil señalar un solo instante de placer en todo el día: faltan los mantenimientos del cuerpo, y la razon no encuentra ejercicio..... Las disparadas balas nos silban «alrededor, amenazando nuestras cabezas con la muerte que en sí traen «envuelta. Habita en ella gente española de la mas criminal, y mas «bárbara que los mismos moros. Afabilidad cariñosa, aquí no hay que «buscarla: es terreno desamorado..... No asoma á él Venus sino con «semblante horrible, dura y despeluznada, con las greñas ensortijadas..... etc.»

Pensando en su infortunio, y lamentando acaso mas el de la España, compuso en los tres largos años de destierro, sin libros y sin consejeros (1) muchas poesias latinas, y no pocas castellanas. Pasan de ciento sesenta las que hemos visto de las primeras, escritas en diferentes géneros de metros. Eexceptuando algunos epigramas en que de una manera chistosa, y picante á veces, ridiculiza con preferencia las reglas y estilos pedantescos de los que llamaba *Gramáticos*, las demas composiciones versan sobre asuntos graves y filosóficos, relacionados por lo general con su suerte. Apenas hay una en que no haga mencion del presidio; pero sin entregarse á pueriles quejas, ni menos á las feas adulaciones que denigran el nombre de Ovidio. Martinez de la Rosa, Quintana, Argüelles, Alvarez Guerra y otros amigos son los personajes á quienes dirige sus odas.

Menos numerosas, y acaso menos notables, fueron las composiciones castellanas, lo cual puede atribuirse, no solo á la satisfaccion que sentia al superar las dificultades de la métrica latina, sino tambien á que en ese idioma podia dar mas rienda á sus sentimientos sin temer el espionage de torpes carceleros. Se conservan varios romances, letrillas y cantatas, dos odas en la muerte del duque de Fernandina, otra á sus compañeros, otras dos á Belinda, una epístola á Ovidio, en la que «dirigiéndole mas de seiscientos versos sueltos, le zahiero sus hiposos lloriqueos, y su adulacion arrastrada al *numen*, *Dios piadoso, justo*, que le deportó al Euxino Ponto..... y con mis desgracias pongo en paragon las tuyas» (2); otras dos epístolas: una ópera original, sin título, y otra que lleva el de *Un casamiento*; y nueve diálogos en que, ya censura vicios contemporáneos, ya elogia instituciones barridas por el viento de la reaccion, en un estilo castizo y sa-

(1) Melilla scripsi, doctis neque fuletis amicis
nec libris: gratum sit tibi, lector, opus.

(2) Carta á un amigo.

broso, y aun pudiera decirse *Horaciano*. Hizo además una traducción de la *Isla deshabitada* de Metastasio, con dos prólogos y una loa, y varias apuntaciones sobre la gramática latina: se ignora el paradero de esto. El carácter de dichas obras, faltas de lima en lo general, varía mucho, y se resiente de las circunstancias poco propicias que rodeaban al poeta. Decía á este propósito:

Segun el argumento

Procede variándose mi estilo,
Como procede el mar segun el viento.
Una vez deslizándose tranquilo,
Otra vez revolviéndose violento.

En octubre de 1819 sucumbió envuelto en miseria, y sin el consuelo de descansar en la tierra que tanto amaba (1).

A. GIL SANZ.



PUENTE DE LUGO.

La carretera de *Lucus Augusti* á *Iria Flavia* es contemporánea á la dominación romana en Galicia, porque está consignada en el itinerario de Antonino. Los romanos señalaron para las legiones vencedoras una vía pública que se dirigía desde el convento jurídico lucense por *Brevis* (Erbo en Deza), *Aseronia* (Asorey en Deza), á *Iria Flavia* (Padron). Desde esta remota época se ha reconocido la importancia de una carretera que facilitase á los pueblos del interior la comunicación con su dilatado litoral.

En esta vía pública se atravesaba el caudaloso Miño: los romanos construyeron un puente sobre sus aguas. En el siglo XI la invención de un sepulcro cubrió de casas el páramo de los *Presamarcos*, el territorio de Santiago, y se echó de ver que la carretera de Lugo debía cruzar por Santiago para nutrirse con la vida de una población importante. Nosotros no hicimos tanto como los romanos: hasta ahora se ha dejado incompleta la comunicación entre Lugo y Santiago.

La dominación de los señores del mundo ha perpetuado en Galicia la huella augusta de su imperio. La antigua ciudad de Orense presenta un grandioso puente sobre el río Miño; cerca de la villa de Padron, la solemne advocación de un puente romano al César sirve para dar nombre á un barrio; el *Pons Caesaris* es el *Puente Cesures* entre nosotros; en Bibey, cerca de Larouco, donde Bruto escaló una montaña para hacerla practicable á los conquistadores por medio de los célebres *codos*, de los cuales hace mención la geografía antigua y moderna, se levanta un puente romano, y en la antigua *Lucus Augusti* las conquistas y los siglos han violado la obra fabricada sobre las arrogantes corrientes del río Miño. El puente de Lugo, cuya vista presentamos á nuestros lectores en el presente artículo, facilita la comunicación entre la remota *colonia augusta* y el territorio de Santiago. Su origen se remonta á la dominación romana, que consideró á esta ciudad como la cabeza de los gallegos septentrionales, y pertenece á la misma época que el acueducto cuyos vestigios aun se pueden reconocer, y los baños termales cuyos paredones de hormigón revelan que sus albañiles fabricaban para siglos, adivinando la prolongada duración que estaba reservada á su dilatado imperio.

Sentada la ciudad de Lugo sobre una izquierda del Miño, permite distinguir á la distancia de mil pasos la cuenca del mediodía por donde corren las aguas del río más célebre de Galicia. En el descanso de esta pequeña cima adonde concurren la antigua calzada y la moderna carretera, se encuentra el puente construido de cantería y pizarra en durísima masa, con ocho arcos desiguales, sostenidos sus pilares con fuertes corta-aguas y seguros pretilles. Su forma es en parte angulosa por las dos vertientes que se unen en las entradas segun el estilo romano. El ancho de su fábrica es de 6 1/2 varas, su largo de 123, y su elevación desde la corriente de las aguas bajas 13 1/2

Con el objeto de evitar que las crecientes del río impidiesen el paso por la parte de Lugo, como ha sucedido en diversos años (2), se alzó en 1828 su entrada por entre casas, añadiéndole dos grandes alcantarillas para dar salida á las aguas. A ambos lados del puente se encuentra un pequeño barrio compuesto de cincuenta casas, que lleva su nombre, y muy cercano á su fábrica el establecimiento de los baños termales sulfurosos, el sitio de recreo del obispo, conocido por la casa y huerta de *la Viña*, y el pequeño hospital de San Lázaro. En mayo de 1809 fué volado por los franceses su arco mayor como un recurso estratégico para que los ejércitos españoles no pudiesen alcanzarlos, y en 1818 se ha construido de nuevo por cuenta de los fondos de caminos, formado ya el proyecto de dirigir por él la carretera de Santiago.

Las conquistas de los suevos destruyeron el puente romano de Lugo, convirtiendo en ruinas este monumento importante que unía las floridas vertientes del celebrado Miño. En el siglo XII fué reedificado para facilitar la comunicación de los pueblos del interior, que apelaban á las armas en la defensa de sus localidades. Por algunos documentos que existieron en la catedral y en el convento de la Nova, constaba que en 1531 se había reedificado y no construido de nuevo; en el testamento de doña Berenguela en 1599, se destinaron 200 *maravedises* para el puente de Lugo, y en el que hizo Diego Alguacil dió para el mismo objeto una casa que se vendió al cabildo. Los encargados de su última reedificación fueron Fr. Bolaño, religioso franciscano, y Juan Perez de Hoz.

Desde el siglo XVII se cobraba por el obispo, en virtud de una cédula dada por Felipe V, cierto derecho de portazgo por los carros y caballerías que no pertenecían á su comarca jurisdiccional, cuyo derecho fué abolido posteriormente.

En la actualidad el puente de Lugo, como la mayor parte de los monumentos antiguos de utilidad no interrumpida para las generaciones venideras, conserva las restauraciones de diversas edades que renovaron la fábrica primitiva. Cada conquista destruyó un pilar,

(1) Los efectos que Sanchez Barbero dejó al morir valían 590 rs. Consistían en prendas de ropa usada, y la mejor era una levita de paño azul tasada en 160 rs. El documento que nos suministra esta noticia, concluye así: «La suma que expresa la relación que antecede, firmada del capitán de la compañía de D. Francisco Sanchez Barbero, Q. D. G., se invirtió en misas por su alma, aplicadas por D. Juan de Campos Infantes, cura propio y vicario interino de esta plaza, y por mi el capellan auxiliar del Real Hospital de esta plaza de Madrid, á 6 de Noviembre de 1819.—Fr. Pedro Cabello».

(2) En una capa de sus pretilles existe la inscripción que da á conocer el punto adonde subió la creciente de aguas en 26 de diciembre de 1788 que puso en peligro á los habitantes del barrio del Puente.

cada siglo llevó una piedra. Llegó después la paz, y el pilar fué reedificado y la piedra renovada. Al arco rebajado de los romanos sucedió el arco apuntado de la edad media. Lo nuevo cubrió á lo antiguo como la corteza al tronco.

Dentro de las hiladas de piedras renovadas en 1818, se encontraron tal vez algunos denarios de Augusto acuñados antes de la era cristiana. Esta es la verdadera carta de antigüedad de las obras públicas, su verdadera carta de nobleza. La historia es el nobiliario de estos monumentos solariegos de las artes.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION.

por Fernán Caballero.

(Continuacion.)

De cierto que si la madre de Servando ú otra persona sensata y sencilla hubiese estado oyendo á Napoleon le Noir, hubiese tomado esta fina y graciosa ironía por una verdad de Pero Grullo.

No tengo el mérito de casarme por moralidad; amigo mío, repuso Servando; lo tiene aquella divina criatura tan imposible de seducir como imposible de olvidar.

—¡Una Lucrecia! ¡qué casualidad! —¿Hay muchas por aquí?

—Averiguadlo, respondió Servando soltando una carcajada.

—¡Me guardaré! —¡me guardaré! —contestó picado Mr. le Noir; no me quiero esponer á dar con tan inexorable Vestal que me hiciese perder la cabeza al punto que la habeis perdido vos; guarda, Pablo, como dice mi Gil Blas cuando limpia las pistolas de dos tiros que me sirven para los desafíos.

—Pues, amigo mío, cada cual busca la felicidad á su manera; por mí no puedo ser feliz sin aquel ángel.

—Buscad otra voz: el ángel ha pasado de moda. Equivale á *Cloris*, es espantosamente *rococo*.

—¡Si vieras qué bella es!!

—¡Ya! —las feas no entran en juego.

—¡Qué pura y qué virtuosa!

—¡Ah! ¡ah! ¡tanto peor!

—¡Qué corazón tan amante!

—A los que tengo la mas decidida antipatía.

—¿Antipatía? ¿y por qué?

—Porque un corazón amante es el mas despótico y egoísta tirano; es la caja de Pandora; es un manantial de lágrimas, un ventisquero de suspiros, un repuesto de exigencias, un arsenal de quejas y de reconvenções. Pero á todo esto quién es la dichosa?

—No me desdeño en decirlo: es la hermosa hija del picador que mató un toro en la corrida del día de San Juan.

—¿La hija de un picador? dijo sin alterarse Mr. Napoleon; ¡una *mesalianza*! es muy *fashionable*, amigo mío, pero es muy tonto.

—¿Tonto?

—Sí, sí; es, como dice nuestro profundo Talleyrand, peor que una culpa, es una pilla.

—Es que vos haceis del casamiento un asunto de cabeza, y para mí es un asunto de corazón.

—Este es el lenguaje de un estudiante de Jena, de un Werther apreciable y cándido.

—¡Ah! ¡si la viérais!

—Por vista—será una Venus—pero toda la belleza del mundo no hace un partido conveniente.

—Es la virtud misma.

—Cálculo, amigo, cálculo. Sois muy novicio, estremadamente novicio, *moncher*.

Monsieur Napoleon se creía padre maestro porque siempre pensaba lo peor; así hay muchos, que se suelen equivocar de medio á medio, como le Noir en esta ocasion.

—Mi palabra está dada.

—Palabra á mugeres! —*allons donc!*

—Me casaré—sí señor, me casaré.

—Y tened presente que es para toda la vida, segun las sábias instituciones que nos rigen.

—Ello es, dijo riendo Servando, que no seria malo el poder renovar la mercancía cuando se avería ó que cansa.

—Ved ahí por lo que no quiero casarme, por no ser mal marido, porque eso de *siempre perdiz*, hasta al obispo cansó cuando se las hizo servir diariamente Luis XIV. Creedme, desistid de esa locura.

—Oh! imposible, imposible! exclamó Servando. Sin aquel ser encantador no puedo vivir.

—Pues haced un casamiento fingido, ya que solo la grave ceremonia puede humanizar á aquel *dragon de virtud*—eso es novelesco—entendido, y golpe digno de un legítimo Don Juan de Tenorio, héroe poetizado, cantado, admirado, y cuya gloria es imperecedera.

—Eso es una felonía! —exclamó Servando.

—Y vos un tipo de moralidad digno de recibir el premio de virtud instituido en mi país por monsieur Monthion. ¿No veis que esa *mijaurie*, esa marisabidilla, cuando llegue á desengañarse estará hecha á la buena vida, y que con tal que se la proporcioneis habreis pagado vuestra deuda?—Qué mas puede apetecer?—No os faltará un ayuda de cámara que cargue con ella si la dotais.—*Moncher, cela se voit tous les jours!*

Servando era una de esas naturalezas, como por desgracia hay muchas, semejantes á las materias inodoras, que se impregnan tan luego de la esencia de aquellas con las que se ponen en contacto, sea el distinguido y bello sándalo, sea el vulgar y detestable almizcle; naturalezas fluidas como los rios, impetuosos á veces, pero que siempre siguen la senda por donde se les quiere llevar. Por eso es que dice aquel verídico refran sacado, como la mayor parte, de un profundo conocimiento del mundo y del corazón humano, *dime con quién andas, y te diré quién eres*.

Monsieur Napoleon le Noir, no solo logró con su perversa fraseología persuadir á Servando de cometer el mas indigno fraude, el mas horroroso atentado, sino que le ayudó en un todo á llevarlo á cabo, haciendo en esa horrible farsa de testigo, y su Gil Blas de sacerdote fingido.

Pasaron algunos meses felicísimos, que fueron para Regla y Servando esa *luna de miel*, como dicen los alemanes é ingleses, que para los que se aman tiene su mayor encanto en la dulce certeza que encierran justamente las palabras *para siempre*, que tanto horripilaban á Monsieur Napoleon le Noir.—¿Cuán lejos estaba del amante y honrado corazón de Regla el falaz engaño de que habia sido victima!—Y digámoslo en honor de la realidad, puesto que los tipos enteramente malos son mucho mas raros que los que son enteramente buenos, Servando, que amaba á Regla, tenia el firme propósito, y ya invariable desde que concibió la esperanza de ser padre, de legitimar públicamente al niño y á la madre, cuando faltase la suya.

Qué poco tienen presente los que difieren un buen propósito, otro sábio refran que dice que *por la calle de después se llegó á la plaza de nunca!*

Entre tanto Sebastian, aquel hombre de corazón amante y honrado que se habia visto espulsado por un nuevo amor del lado de su prima que queria con tanta pasión, cuando muerto su tío, Regla, dueña de sí misma, se decidió á seguir al nuevo amante que le ofrecía el casarse con ella tan inesperada ventura, Sebastian, profundamente herido y avergonzado de volver á su pueblo, en el que muy en breve debia ser conocida su desgracia, lo abandonó todo, huyó, y en su desaliento sentó plaza, buscando la muerte que solo apetecia.

La entrada de las tropas de la intervención francesa que tenia lugar por aquel entonces, y que daba la perspectiva de una guerra, lo afirmó en su propósito que llevó á cabo.

Servando, imbuido en ideas extrañadas, se comprometió ostensiblemente en aquellos sucesos que no son del caso referir, y triste recordar, como lo es todo lo que son disturbios en una familia; desgraciadas divergencias de opiniones políticas que tornan en contrarios, y á veces en enemigos, muchas personas hechas para apreciarse y quererse reciprocamente.

Servando con su energía facticia, sus llamaretadas de fuego fútilo gritó, escribió, actuó, gastó é hizo cuanto es dable para ponerse en evidencia, de manera que á la salida del rey de Cádiz tuvo que esconderse para no ser arrestado.—Desde luego sus amigos le aconsejaron que emigrase por algun tiempo mientras estuviesen vivos y activos los resentimientos que cada partido condena en el partido contrario, cual si libre se hallase de este fatal sentimiento inherente al hombre.—Fuéle hablado al capitán de un barco inglés para que lo recibiese á su bordo á él y á Regla, de que no quiso separarse.—La dificultad que se presentaba era el cómo trasladarse á bordo, siendo Cádiz una plaza cerrada, cuyas tres únicas puertas, bien guardadas de día, se cierran de noche.

Está Cádiz minado por magníficlos husillos muy conocidos de los contrabandistas en grande, que por ellos en todos tiempos y á pesar de la vigilancia han entrado contrabandos en escala mayor.—Para cuántos no han sido los husillos de Cádiz unas verdaderas minas mas productivas que las del Perú! Aun cuando estan estos husillos, esas galerías subterráneas provistas de trecho en trecho de enormes rejas, se sabe superar este obstáculo cuando el interés escita la voluntad, aguja el entendimiento, y triplica la fuerza del hombre: así es que estas rejas han sido limadas cuando las circunstancias lo han requerido

La salida por un husillo fue pues el medio adoptado para la fuga de Servando, y fijada para verificarla una hermosa noche de luna.

En esa misma noche Sebastian, cuyo regimiento había venido de guarnición á Cádiz, estaba colocado de centinela en uno de los puestos de la muralla.—La luna, que todo lo pone tan bello y melancólico, hacía aparecer las hermosas y uniformes casas de Cádiz como palacios de mármol; la mar parecía estar en un momento de completa abstracción, y sentir placer en dejarse platear por la luna; los barcos en la bahía estaban inmóviles, cual si estuviesen clavados en un mar helado; alrededor de la vasta ensenada yacían tranquilos los pueblos que la circundan como blancos campamentos de un dormido ejército; nunca la naturaleza preparara una noche mas tranquila al sueño, mas indisputable al silencio. Sebastian solo oía el ruido de sus propios pasos, y el del hondo suspiro de su pecho cuando tendía la vista en lontananza hacia el Puerto, aquel lugar de funestos recuerdos, de acerbas remembranzas, en donde su destrozado corazón había aprendido cuánto dolor podía contener, y cuánta sangre podía derramar por sus heridas. Allí, pensaba, está allá! Ella que tan pronto aprendió lo que nunca por mi mal sabré yo, olvidar su primer amor! Se deslumbró como la mariposa, á la que una luz se presenta.—¿Quemaré en ella, ó será feliz?—Si siquiera supiese que lo es!—Si la viese una vez siquiera!

Parecióle en este instante que oía al pie de la muralla el chapaleteo de un remo que con precaución hendiese las aguas.—Sebastian se paró sorprendido. El ruido, aunque lento, continuaba.—¿Qué podrá ser esto? pensó. Será algun pobre mariscador que buscará mariscos entre las rocas que la marea baja deja descubiertas. El ruido no era interrumpido. La curiosidad movió á Sebastian á asomarse por una tronera. ¿Cuál no sería su sorpresa al ver que en una pequeña lancha que se había arrimado á la muralla se disponía á entrar un joven; que este joven hizo una seña, á la que correspondió una muger, que cual una sombra, parecióle que salía de la compacta base de la gigantesca muralla. Sebastian creía soñar!—No quería creer á sus ojos, cuando una voz queda, pero que el completo silencio hacía distinta, pronunció estas palabras: «no temas, Regla.»

El corazón del soldado despertó con todas sus pasiones al oír este nombre, cual el dormido leon por la bala que lo penetra. Regla!—repitió cual un apagado y lúgubre eco: ella! ella!

Saltaba en este momento la joven de roca en roca sostenida por la robusta mano de uno de los dos barqueros que venían en la lancha.

El espesor de la muralla era tan considerable, que Sebastian no distinguía bien toda la escena; ansioso, fuera de sí, suelta el fusil y sube al ancho borde que hace declive; el fusil al caer suena con fuerza al dar sobre la argamasa del piso; al oír este ruido, la joven que ya está sentada en la lancha, alza la cara, la que entonces alumbraba la luna de lleno.—Sebastian la ha reconocido.—Ella es! Es Regla la que en esa lancha al fuerte empuje de los remos de los lancheros se aleja resbalándose la ligera embarcación sobre la superficie del mar, como un trineo sobre el resbaladizo hielo.—Un vértigo oscurece la vista y hace perder el equilibrio á Sebastian, que resbalando en el plano inclinado de la tronera, cae desde esa inmensa altura sobre las rocas!

El infeliz se ha roto en su caída ambas piernas; no puede moverse, y en vano implora su voz auxilio en aquel parage desierto, y dos horas faltan al relevo de las centinelas.—Por cúmulo de horror, la marea empieza á subir agitada é inquieta hasta que llegue ansiosa á la muralla cubriendo á su paso las rocas.—Ya en su empuje golpea á las mas salientes, y con esto ahuyenta el silencio que hiciera posible el oír á distancia el clamor del desvalido. En vano los redobla; nadie responde, y el agua sube, sube sin que poder conocido contraresta ni detenga un instante su periódica pujanza; el infeliz ensaya de rastrear sobre sus manos; vano esfuerzo, pues no puede arrastrar sus destrozadas piernas!—Y el agua sube sin detenerse, sin vacilar, y llegará á la muralla, pasando inexorable sobre él fria y amarga como la crueldad!—Quiere en su agonía asirse á una roca mas elevada que las que la circundan: no puede, y recae con un hondo gemido de dolor: y el agua sube; ya cubre sus destrozadas piernas, ya salpica su pecho, ya murmura en sus oídos!—Entonces Sebastian, que era un hombre cristiano y valiente, se resigna: cruza sus manos, y levanta su corazón á Dios en actos de fé, pues en su Dios cree á puño cerrado; de caridad, pues á todos sus hermanos perdona y abraza en un último adiós; de esperanza, pues confiando en su misericordia, en manos de su Dios entrega su alma!

Y en el horizonte asoma el alba tranquila, blanca, suave, como si el día que trae de la mano había de dar la vuelta de este miserable globo sin alumbrar horrores y sin oír lamentos!!

Acompañábala una fresca brisa que henchía las velas de una fragata inglesa que al compás de la monótona cantinela de sus marineros, levantaba su áncora para lanzarse en lo infinito cual las aves de paso.

Llegaba entonces el *seronero* del puerto, esto es, el falucho que antes de abrirse las puertas de la ciudad trae al muelle las frutas y legumbres para consumo diario.—Los marineros divisaron á aquel infe-

liz que ya había renunciado á la vida, lo recogieron y llevaron casi exánime al hospital.

Había Servando al llegar á Londres alquilado una casa *pequeñísima* (pues *pequeñas* lo son allí casi todas), pasado Bedlam (el hospicio de locos), y el jardín zoological de Surrey, en el arrabal de Kenington. Entrábase por la puerta de la calle (todas cerradas allí como símbolo de la inhospitalidad) en un corredor largo que al frente tenía una escalera angosta y, como lo son todas, de madera, cubierta con un paño ó lienzo de alfombra que sujetaba en cada escalon una barita de metal. En el hueco de la escalera estaba la bajada de otra que conducía á la cocina, despensa y otras oficinas que están allí en sótanos que reciben la luz por zanja abierta delante de las casas, y guarecidas por verjas de hierro. En el corredor había dos puertas que conducían á dos habitaciones: la primera era una salita con dos ventanas á la calle; la segunda un comedor con dos ventanas al jardín, jardín *pequeñísimo*, frio y estéril que tapizaba un césped verde y liso, césped admirable que cria aquel suelo como para vestir á Inglaterra de terciopelo, y en el que un árbol, un árbol triste como un cautivo, delgado y lánguido se estiraba á fin de sacar sus ramas por cima de la tapia buscando el campo. Arriba tenía la casa dos habitaciones iguales á las de abajo, que eran los dormitorios; el tercer cuerpo consistía en bohordillas, en una de las cuales dormía la sola criada que tenían. Por la mañana, segun el uso de allí, llegaba á la puerta el carnicero, el panadero, la lechera y el que traía la hortaliza; lo demas necesario, y los géneros ultramarinos, los traía la criada de una tienda vecina.

En este local que aquí llamaríamos tabuco, en lo demas bien y cómodamente alhajado, instaló Servando á Regla, y el permaneció completamente sola y aislada, pues hasta él mismo, con motivo de la gran distancia del centro de la ciudad, no tardó en pasar todo el día fuera de su casa. Cuando alguna vez se quejaba Regla suavemente de su completo aislamiento, eran los usos del país, el ignorar ella el idioma, y las pocas relaciones que aseguraba tener, suficientes pretestos para Servando á convencerla de que no podía ser otra cosa su vida que tal cual era. ¿Pero quién podrá explicar la profunda melancolía, ese llamado en francés *mal del país*, que se apoderó de aquella hija de la bella y resplandeciente Andalucía, en aquel país mustio y encapotado, de la expansiva y comunicativa española, entre aquellas gentes reconcentradas que despiden de sí cuando no conocen, cual si por cada poro arrojasen una sutil pua de cactus?—¿Cuántas veces buscó la pobre joven incomunicada de sus semejantes la mirada de otra joven como ella, cuya fresca y alegre cara asomaba por entre una profusión de rubios rizos, ó la de graves matronas cuyas blancas, serenas y nobles frentes parecían el trono de la virtud clemente!—Con el corazón en ella le salía al encuentro la dulce mirada de la reclusa mendigando una reciproca señal de benévola atención:—¿era en vano!—Las miradas inglesas no se fijan en nadie; lo que si bien tiene algo de sequedad, tiene mucho de alto decoro y fina circunspección. Pero esto no estaba al alcance de la pobre niña, ni mucho menos el que fuese el contacto con ella uno de los casos que autorizaban esta circunspección.—Veíase, pues; sola entre aquel inmenso gentío en constante movimiento, y nunca es mas horrible la soledad que en medio del bullicio; pierde su suave tranquilidad, su dulce calma sin compasión.

Como consuelo tuvo por entonces Regla una niña, cuyo nacimiento y bautizo pasó solitaria y calladamente como pasaban todos los demas accidentes de su triste vida.—A los tres años dió Regla un hermano á su hija, sin haber variado mas su vida sino en haberse alejado de ella cada vez mas su marido. Levantábase éste á las dos, salía á las tres, y no volvía á entrar en su casa hasta la madrugada; así fué que este niño nació y se crió entre lágrimas, pues Servando no solo demostraba ya á Regla falta de cariño, sino un despego que rayaba en desdén.

Servando había encontrado allí, y había vuelto á intimar con monsieur Napoleon le Noir, pues hay entes que el mal espíritu parece echar siempre en la senda de otros para perderlos.—Mr. Napoleon había querido visitar á Regla, pero Servando había sabido esquivarse de esta exigencia, porque en los hombres de mucho amor propio los celos sobreviven al amor, y Servando conocía á un tiempo que Regla era una rara belleza, una perla, y Mr. Napoleon un hombre profundamente corrompido que ignoraba absolutamente lo que era *respeto* en concepto alguno.—Menos corrompido que él, era Servando mas vicioso:—juntos jugaban en los mas detestables garitos: Servando se arruinaba y Mr. Napoleon nunca perdía;—juntos bebían, pero nunca Mr. Napoleon se emborrachaba;—en sus despreciables amores nunca prodigaba este señor sus halagos ni sus doblones; y mientras este gran calculador andaba boyante, rozagante, con infulas de diplomático buscando cosméticos, Servando había á un tiempo destruido en aquella gran Babilonia su caudal, su salud, su juventud, su bella parte moral, y envilecido por los vicios, había gradualmente descendido á la cloaca de ignominia á que conducen, habiendo empezado por des-

preocupado, y acabado por cínico. Así, aquel joven tan bello, tan rico, que fue la gloria y esperanza de sus padres, á quien la vida solo brindaba sonrisas, y el mundo albagos, arruinado, exhausto, mortalmente enfermo, envilecido, fué preso un día por disposición de sus acreedores, y detenido en la prisión por deudas *the Fleet*.

Dos días había que Servando faltaba de su casa. La pobre Regla lloraba, aunque no era esa la primera vez que esto había sucedido á su marido: pero temía temía instintivamente algo. Tenía su niño en brazos, y para dormirle le cantaba con dulce y triste voz unas estrofas de una letrilla que recordaba haber oído cantar en su infancia.

Que no quiero amores
En Inglaterra;
Que otros mejores
Tuve yo en mi tierra.
Que cuando allá vaya,
A fé yo lo fio,
Buen galardón haya
Del buen amor mío,
Que son desvarío
Los de Inglaterra;
Pues otros mejores
Tuve yo en mi tierra.

Y su canto acabó en lágrimas; pues Regla, cual un pájaro de clara y brillante atmósfera, había perdido en aquella fría y densa en que vivía sus alegres gorgoros y sus ligeros voleos.

Abrióse en ese instante la puerta, y vió entrar á Mr. le Noir. Apoderóse de ella una consoladora alegría; veía á un conocido, á un amigo; podía hablar, hablar la lengua de su patria.

Así fué que le dió una cordial bienvenida. Mr. le Noir manifestó con espresiones harto familiares á Regla que la hallaba embellecida, y mas linda que nunca. Preguntóle en seguida si le agradaba el país, y si no echaba de menos á España.

Al oír nombrar á España, los hermosos ojos de Regla se llenaron instantáneamente de lágrimas.

Esta elocuente, aunque muda respuesta, alentó á Mr. le Noir.

—Esto os parece muy triste, dijo: esto es natural.—Es una bárbara dejaros tan sola!

—Tengo mis niños, contestó Regla mirando á su niña sentada á sus pies en el suelo, y á su niño durmiendo en su cuna.

—Esto no basta, repuso el visitante; á vuestra edad se quiere disfrutar de otras compañías, del mundo y de sus placeres, de simpatía y de amor.....

Mr. le Noir, diciendo esto, se acercó á ella grosera y atrevidamente: dadme, dijo, esa mano, que ha soltado aquel á quien se la disteis.

Regla apoyó el pie en el suelo, y con este empuje hizo retroceder el sillón de rodajas en el que estaba sentada á una conveniente distancia.

—No quiero ni deseo mas que el amor de mi marido, dijo, chispeando los ojos de la altiva española de indignación.

—Acaso lo teneis?

—No lo había de tener su mujer, la madre de sus hijas?

—Qué ilusión tan vaporosa!

—Mas lo son las vuestras, repuso Regla con desden.

—No son vaporosas, sino doradas.

—Qué quereis decir con eso? No os comprendo.

—Que cuando uno tiene la suerte de poder dorar sus ilusiones, las da consistencia; de esta suerte pasan de sueños á realidades; de lo ideal á lo positivo; y así espero sucederá con las que abrigo.

—Os olvidais que estais hablando con una mujer honrada, que lo es de un amigo vuestro.

—Con la señora de Ramos, eh?

—Con la mujer de D. Servando Ramos: eso mismo.

—Pobre tortolita!

—Habeis venido solo á insultarme?—Esto es inaudito!!

—No, no; he venido como los verdaderos amigos, en la necesidad y cuando puedo seros útil; vengo, cuando abandonada estais del mundo entero, á ampararos y brindaros con mi amor un agradable y divertido porvenir, pues por mis venas no corre la sangre moruna de los Otelos.

—Desbarrais?—esclamó Regla estática al oír las palabras precedentes, que le parecieron aberraciones.

—No desbarro..... pero desbarro seria en vos, repuso Mr. le Noir, el desear la suerte que os brindo. ¿Amais pues tanto á ese perdido que no hace caso de vos?—Vamos! si no hay como tratar mal á las mujeres para tenerlas sujetas, fieles y contentas!.

—No se trata de si estoy contenta ó no; se trata de mi deber.—¿Usase acaso en Francia de que las mujeres abandonen á sus maridos?

—Maridos como el vuestro, si.

—Pues las españolas no abandonan ni á los buenos ni á los malos.

—Pero, señora, un marido como el vuestro es de quita y pon; y no incurrireis en el delito de bigamia por tomarme á mí en su lugar.

—No os comprendo ni sé lo que quereis decir: lo que si sé, es que deseo concluir tan escandaloso tema.

—Pero ¿es posible, es creible, prosiguió Mr. le Noir sin dejarse intimidar por las severas repulsas de Regla, que desde tantos años vivais en un error craso, creyendo á esa buena pieza de Servando vuestro legítimo marido, y tengais aquella farsa, en que yo hice el papel de testigo y mi ayuda de cámara el de sacerdote, por lo que vosotros los religiosos llamais un *santo sacramento*, y la ley un contrato indisoluble? ¿Os fingis ignorante, ó lo sois boba y realmente?

Regla, al oír estas palabras, por un violento impulso se había levantado de golpe, y faltándole las fuerzas, se sostenía sobre una mano apoyada en el brazo del sillón.

—Famosa actriz! dijo Mr. le Noir contemplando aquel rostro lívido, aquellos ojos asombrados, y el temblor nervioso que se iba apoderando de la infeliz.

—Conque, ¿qué determinais? prosiguió; ¿sereis por mas tiempo con vuestra juventud y belleza la víctima de ese perdido?

—Salid—dijo n honda y abogada voz Regla.

—¿Pero acaso sabeis que Servando está en *The Fleet* preso por deudas, y que no teneis á quien volver la cara?

—Dejadme y alejaos, tornó á decir la infeliz con sus trémulos y descoloridos labios.

—Tened presente, prosiguió Mr. le Noir, que en Londres no teneis como en vuestro país el *gran meson de la estrella* que á todos cobija. El de aqui, cuyas estrellas son de gas, es un coto vedado. Cuando os echen de esta casa el día que no la pagueis, sereis severamente perseguida por vaga.

—¡Idos! ¡Idos! gritó en su desatiento y desesperación Regla: idos, ó pido socorro!

—Vamos, *cachaza!* como se dice en vuestra tierra, repuso su interlocutor; no os exalteis; que eso hace criar mala tez, y la vuestra ha ganado con las frescas nieblas del Támesis.—Dejaré calmar la sangre andaluza *mousacuse* como el vino de Champagne, y volveré cuando esteis mas serena y en disposición de apreciar lo que en vuestra situación vale un amigo.

(Se concluirá.)

Los periódicos de estos últimos días han anunciado la desgraciada muerte de un joven, que se había arrojado al Canal: este joven era un poeta, amigo nuestro; un joven de verdadero talento, un poeta de esperanzas y porvenir. Pero el poeta no había tenido tiempo ni calma suficientes para escribir una de esas obras que *dan á conocer*, y el joven vivía en una posición demasiado modesta para que su muerte produjese otro efecto que el de una estéril compasión, ó algunas frías reflexiones. Su cadáver ha sido enterrado pobremente; nadie ha hablado sobre su tumba; las *gacetas* de los amigos han sido su corona fúnebre.

Nosotros hemos habido á mano algunos versos suyos, y vamos á publicarlos, no para que los juzguen los *inteligentes*, sino para que los *hombres que sienten* hagan justicia al poeta; para que las *almas frías* respeten al suicida. Los versos son estos: ignoramos si son los mejores ó los peores de su autor; si diremos que nos han hecho deramar lágrimas.

¡Amigo!

¡Dulce palabra! suena entre mis labios,
regala con tu encanto mis oídos.....
deja que te pronuncie..... tú eres sola
la única ilusión que no he perdido.

Quisiera pronunciarte en otro idioma
que no fuera el del mundo; en otros signos,
quisiera ¡ay! escribirte..... la palabra
no dice todo lo que yo concibo.

Tú, que me amas con afecto puro;
tú, que te nombras, sin mentir, ¡mi amigo!
oye la voz de la amistad; escucha
lo que te dice un corazón marchito.

Sí, yo te amo también, y te profeso
un nunca visto y sin igual cariño.—
Sí, yo en mis horas de mortal angustia
lloro á tu lado, y me consuelo, y gimo;

Si cuando solo estoy, de ti me acuerdo,
y te figuró siempre, aquí..... conmigo,

llorando, si yo lloro en tu presencia,
riendo, si delante de tí rio;

Si antes de conocerte, ya como eres
te soñé yo, sin que te hubiese visto;
si esa alma que tú encierras, de mi alma
fué creación, como de Dios lo ha sido;

Si el alma mía es..... el alma tuya;
y la tuya es el alma..... de mí mismo;
si tú y yo somos uno, solo uno.....
llámame á mi, por Dios, llámame *amigo!*

No quiero que tú digas: *lo soy tuyo*.....
quiero que tú me digas: *lo eres mío*.....
porque aunque me aborrezcas, no me importa;
ódiame si tú quieres..... *¡soy tu amigo!*

Tu amigo soy: aunque se oponga fiero
á la amistad de entrambos el destino,
aunque lejos, muy lejos, nos separen
á uno del otro, aunque el sepulcro mismo
encierra la mitad de la existencia
con que sobre la tierra ambos vivimos,

yo llevaré en mi corazón el tuyo,
si es que acaso en el mundo sobrevivo;
y si muero, en el fondo del sepulcro,
todavía seré ¡siempre! *tu amigo*.

Me acordaré de ti..... vendré á este mundo
como vienen del cielo los espíritus:
y estaré junto á ti..... mientras que vivas;
iré á tu lado, te hablaré al oído.....

Te enjugaré las lágrimas que viertas,
recogeré tu lloro y tus suspiros.....

y cuando exhales el postrer aliento,
en el Cielo verás que soy tu *amigo!*

J. IZA.

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE MORATIN.

SONETO.

No evadies el pobre y lento MANZANARES
Perder su curso en apartada zona,
Ni en su puro cristal la hinchada lona
Reflejar de bageles á millares:

Ni del Esbo el caudal, ni con los mares
Su imperio dividir, ni la corona
Que entreteje la pródiga Pomona
Al rey de los viñedos y olivares:

Ni lllore en honda pena y desconsuelo
Al arrastrarse por la muerta arena
Murmurando su afrenta y su desdoro:

De envidia y de rubor prorumpa en duelo
Al ver que guarda su rival el SENA
De INANCO el preciadísimo tesoro.

LUCIANO PÉREZ DE ACEBEDO.

Madrid 40 de Marzo de 1851.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 40.

Las pasiones y las novelas desvelan á las jóvenes.



(La playa en el puerto de Cancale.)